

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XXXIV



C. S. I. C.
1994

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XXXIV



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1994

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños	13
Arte	
Puentes sobre el Arroyo Abroñigal, por Pilar Corella Suárez	19
Los Artífices y las Artes en Madrid en 1694, por José Manuel Cruz Valdovinos	47
La Iglesia de las Descalzas Reales de Madrid según un inventario de 1703, por José Luis Barrio Moya	79
Pedro de Ribera y la remodelación del Puente del Retamar por Matilde Verdú Ruiz	95
Lugares de recreo en el Renacimiento Español: la escena paisajística en El Pardo y Aranjuez, por Eduardo Blázquez Mateos	105
El primitivo Convento de San Pascual Bailón y la Purísima Concepción de Nuestra Señora en el Paseo de Recoletos de Madrid, por Concepción Lopezosa Aparicio	121
El Cementerio de la Sacramental de San Nicolás, por Carlos Saguar Quer	143
Jayme Marquet, un arquitecto francés en la Corte de España: nuevos datos sobre la actividad en el Real Sitio de Aranjuez, por Virginia Tovar Martín	167
Jano, dibujante de Madrid, por Luis Armenteros María	207
Geografía	
El Madrid Prehistórico fue un poblado minero, por José María Sanz García	223
Apunte geográfico-económico de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el 1752, por Fernando Jiménez de Gregorio	241

	<u>Págs.</u>
Historia	
Hitos de la Historia de Madrid, por Ramón Ezquerro Abadía ...	271
El Concejo de Madrid y el Real de Manzanares: un modelo de conflicto territorial en la Castilla de los Reyes Católicos, por María del Carmen Cayetano Martín	279
Las prioras del Monasterio de Santo Domingo el Real de Madrid durante la Edad Media, por Manuel Montero Vallejo	293
El Colegio Imperial, fundador de una Cátedra en Arganda, por José Barros Campos	319
Problemas que plantea el asentamiento nobiliario de la Corte (ocupación, distribución y parcelación del suelo), por África Martínez Medina	337
Leonor Mascareñas, Aya de Felipe II y fundadora del Convento de los Ángeles de Madrid, por Gregorio de Andrés Mar- tínez	355
Información sumaria del proceso de don Antonio de Beaufort, por José Antonio Martínez Bara	369
El solar del Banco de España, por José del Corral	407
Estatuto del tribunal de Corte (1752), por María Pilar Domínguez Salgado	415
Madriños en América en el siglo XVIII (2.ª parte), por José Valverde Madrid	427
Notas sobre la prostitución en Madrid a comienzos del si- glo XVII, por Enrique Villalba Pérez	505
Festejos populares y manifestaciones patrióticas celebradas en Madrid con motivo de la Guerra de África (1859-1860), por Miguel Ángel López Rinconada	521
El Ayuntamiento de Madrid a finales del reinado de Fernando VII, por Pablo Baena Pinedo y Manuel Martínez Neira	543
Un jesuita madrileño en Corea, por Valentín Dorado Dell- mans, S. J.	565
Noticias que ahora cumplen centenario, por J. del C.	569
Literatura	
Alejandro Dumas, huésped de Madrid, por Luis López Jiménez ..	583
Héctor Florencio Varela en Madrid (1881-1885) aportación a la historia del americanismo en España, por Isabel Hernández Prieto	603

	<u><i>Págs.</i></u>
El dilema colonial en la prensa anarquista madrileña, por Rafael Núñez Florencio	621
Algunos datos para la biografía de Gregorio Martínez Sierra, por José Montero Padilla	643
Dos actos de confraternidad entre intelectuales madrileños y catalanes, por Ramón Ezquerro Abadía	657

HITOS EN LA HISTORIA DE MADRID

Por RAMÓN EZQUERRA ABADÍA

Me propongo hacer aquí un breve recorrido a través de la historia de Madrid. Pero no siguiendo los hechos ni resumiendo sus anales, limitándome a señalar los hitos o mojones que marcan la aparición de diversos elementos o de instituciones, sin seguir su posterior evolución, lo que se ha llevado a cabo muchas veces, sino el momento en que surgieron, elementos físicos o sociales, varios de los cuales han perdurado y otros tuvieron una larga existencia. Más claramente, considero a nuestra capital como un organismo vivo e indico los momentos clave a lo largo de su vida. Así en los seres humanos hay que hacer constar su nacimiento, expresar su bautismo, su mayoría, la obtención de un empleo o la dedicación a una profesión, su boda, su favorable o adversa fortuna, su intervención en la vida pública y en su caso su autoridad y otros acontecimientos señeros; por suerte, no podemos aquí consignar su muerte. Aunque ésta alcance también a las ciudades, sobreviniendo su destrucción y hasta su olvido o por lo menos han sufrido una profunda decadencia. No es tal afortunadamente el caso de Madrid, que se halla en plena vitalidad.

Así lo primero que se considerará de Madrid es su nacimiento, hoy por fin ya conocido y precisado, salvado de la supuesta antigüedad y fantasías con que se le quiso adornar y darle un pasado clásico e ilustre. Pero prescindiendo de su antiquísima existencia prehistórica, nos confinamos a su fundación y aparición como ciudad en tiempos del emir de Córdoba Muhammad, que reinó entre 852 y 866. Así nació Madrid como ciudad amurallada, musulmana y de lengua árabe, por lo menos oficial. Avanzada de Toledo frente a la Sierra, es el primer hito —y trascendental— en la vida de Madrid.

El segundo momento asimismo fundamental es su conquista por Alfonso VI a fines del siglo XI, Madrid se bautiza, pasa de ser una ciudad islámica y oriental a una población castellana y cristiana, cambia de lengua y será para siempre parte del reino de Castilla; también adquiere un tono en gran parte rural. Conquista y no reconquista, pues no había existido anteriormente. Surgen por tanto las primeras iglesias —dudo que hubiera antes alguna mozárabe— y el culto a su Patrona, la Virgen de la Almudena. Estos hechos imprimen para siempre su sello a Madrid.

El siglo XII trae la fundación del primer monasterio, San Martín, arranque de una frondosa floración monacal y conventual en siglos posteriores. También en esa centuria vive modestamente su futuro y santo patrono, el labrador Isidro.

En el siglo XIII Madrid se da un fuero aprobado por Alfonso VIII. Así posee un ordenamiento jurídico peculiar, como otras ciudades y a su través se percibe una compleja organización de la villa y sus aspectos económicos aunque predominan como era costumbre los penales, como defensa de la sociedad.

A comienzos del siglo XIV Fernando IV *el Emplazado* otorga a Madrid representación en las Cortes (1309) y por primera vez se celebran aquí, lejano antecedente de su papel político. Lo alza así a la consideración de una ciudad importante en el reino de Castilla.

En 1346 Alfonso XI instituye el Concejo. Madrid estará regido en lo sucesivo por su ayuntamiento, organismo distinto y superior al común del vecindario, con sus cargos más o menos representativos, sus funcionarios y sus alcaldes electivos, aunque cambiado el sentido de éstos hoy. Al mismo tiempo aparece el Estudio de la Villa, primer centro docente conocido, aunque anteriormente hubiera escuelas musulmanas y maestros en los monasterios.

El siglo XV aporta una nueva institución, el corregidor, representante del monarca y que preside el ayuntamiento, que queda así más sujeto a la autoridad estatal (1472). En ese mismo siglo Juan II concede a Madrid una feria, y cuyo último residuo hoy, aunque parezca inverosímil, es la feria del libro de ocasión de la cuesta de Moyano. Hace años la feria de San Mateo quedaba reducida a la de libros viejos en el paseo del Prado; surgió la idea de convertirla en permanente y se instaló en la tapia del Botánico adyacente a dicha calle. También Enrique IV otorgó a Madrid un mercado franco (1463).

Se debe a Enrique III la fundación del primer palacio de El Pardo, donde una casa para el cazadero, germen del actual palacio, hoy en el término de Madrid.

Y saltamos a 1561. Tercera fecha fundamental en la historia de la Villa. Felipe II instala su corte en Madrid, que salta así a su plena mayoría de edad. Madrid se convierte de hecho —definitivamente— en la capital de la monarquía hispánica y de un imperio universal, ascendiendo como la Cenicienta a figurar entre las ciudades más importantes de los grandes Estados. Ahora es una ciudad cosmopolita. Cambia por tanto la estructura social con la incorporación de nuevos elementos, aristocráticos, populares y hampones, Madrid se convierte en lo que será en adelante, una ciudad burocrática al instalarse aquí los supremos organismos del Estado y su ejército de oficinas, sello del que ya no se apartará. Entre esos organismos la Sala de Alcaldes de Casa y Corte que durante algunos siglos competirá con la influencia del ayuntamiento.

Cambiaron por tanto su sociedad y su economía y se transforma en centro cultural. Es el nuevo corazón de España.

Con la Corte llegan dos elementos: la imprenta (1566) y el teatro, instalado en forma fija en el corral de la Pacheca (1583), donde desde hace cuatro siglos se siguen representando obras teatrales. Ya antes de esa fecha había funciones, pero Madrid será de las pocas ciudades españolas que disfrutaron de este espectáculo bajo la dinastía austriaca. Desde el punto de vista urbano Felipe II organizó la Casa de Campo —desde 1559— y hace construir el puente de Segovia (1580-1596), primer gran puente sobre el humilde río. Se refunden en el Hospital general varios de los anteriores (1581), aunque no dejaron de existir otros, y la Inclusa (1580). La Compañía de Jesús funda un estudio (1572), más tarde Colegio Imperial y en la calle de Toledo, n.º 39, también desde hace cuatro siglos se imparte enseñanza. Capital es la fundación de El Escorial, la verdadera sede de Felipe II y en estrecha relación con Madrid.

En 1605 aparece aquí la primera parte del *Quijote*. A Madrid cabe la honra de haber dado a luz el libro máximo de la literatura española, hecho que asimismo hay que juzgar como trascendental. La única obra urbanística de los Austrias es la construcción de la Plaza Mayor —terminada en 1614—, como escenario de la Corte, tanto por sus numerosos festejos como las ejecuciones capitales y los autos de fe.

Bajo Felipe III y más con Felipe IV es el foco del Siglo de Oro. Aquí han vivido y convivido Cervantes, Lope de Vega, Góngora, los Argensola, Quevedo, Tirso de Molina, Ruiz de Alarcón, Vélez de Guevara, Calderón, Rojas, Moreto y tantos otros escritores prestigio de las letras españolas. Y aquí se crea la gran obra de Velázquez, aunque otros artistas trabajan en otras ciudades.

De esta época es el primer plano conocido de la Villa, el llamado de Witt, y según Matilla, de Marcelli (1622), precursor de una abundante cartografía. Obra muy importante de reinado de Felipe IV es la construcción del palacio y del parque del Buen Retiro (1632). Casi destruido el primero, el jardín es por fortuna el más bello parque de la Villa. Pero también de la época de Felipe IV data la construcción de la cerca (1625), de carácter negativo, pues ciñó la población y evitó su crecimiento hasta el siglo XIX.

En tiempo de Carlos II aparece por primera vez una guarnición, la llamada *Chamberga* (1669), de no larga existencia. Ya existían desde la instalación de la Corte las guardias reales, pero el Concejo siempre se opuso a la presencia de soldados y de estudiantes por sus desmanes y alborotos.

De este reinado data la aparición del primer periódico, fundado para propaganda del II Juan de Austria por Francisco Fabro Bremundano y con su prístino nombre de *Gaceta de Madrid* ha llegado hasta hoy aunque cambiado de carácter y de nombre (1661).

En 1700 pasa a ser la Corte de los Borbones, y salvo períodos más o menos largos, desde entonces ha ostentado esa categoría. Por lo pronto crea Felipe V el cargo de ministro (1702); ya existía de hecho pero ahora se le institucionaliza y consolida y en adelante será Madrid la sede de los ministerios,

más o menos numerosos, como un acordeón. El mismo año el P. Piquer funda la benéfica institución del Monte de Piedad, que un siglo más tarde se juntará con la Caja de Ahorros. En 1713 se funda la Real Academia de la Lengua, que hoy sigue boyante, y a la que seguirán otras, y en 1712 la Biblioteca Real, origen de la Biblioteca Nacional. En aquellos años Pedro de Ribera cultiva el churriguerismo y da carácter a Madrid en muchos edificios, más tarde destruidos en aras del «buen gusto».

En el reinado de Fernando VI el marqués de la Ensenada convierte Madrid en el centro de la nueva red radial de carreteras, que sustituyen a los antiguos caminos, con una estructura más moderna, comenzando por la que conduce al puerto de Guadarrama (1749 ss.). Y se construye la primera plaza de toros definitiva (1744), que durará más de un siglo hasta ser reemplazada por otra.

Con Carlos III comienza la época de limpieza y adcentamiento de Madrid, obra de su «mejor alcalde» y de su equipo, a cuyo frente campea Sabatini. Se han ponderado mucho las reformas de Carlos III y según los testimonios de viajeros extranjeros se advierte que eran efectivas, pero ¿duraderas? Años después se vuelve a la cochambre y suciedad de la Villa; quedó el alumbrado público, ya intentado en 1688.

Pero quedaron magníficas obras, la urbanización del paseo del Prado, las fuentes —baste recordar la de Cibeles, diosa pagana especie de otra patrona de Madrid—, la puerta de Alcalá, la iglesia de San Francisco y la conclusión del Palacio Real (1762). Y como nueva institución el Banco de San Carlos (1782), primer banco oficial, origen de los numerosos de la actualidad. Y la Lotería, el gran juego y la gran ilusión nacionales (1763).

Al reinado de Carlos IV lo caracteriza en el terreno artístico la obra de Goya. Y surge el culto a la Virgen de la Paloma, la advocación mariana más popular de la Villa.

Del siglo XVIII datan los primeros cafés que sustituyen —lentamente— a las antiguas botillerías y las perpetuas tabernas. Siempre hubo talleres y artesanía en Madrid desde su origen, pero ahora —en este siglo— se fundan las primeras fábricas por iniciativa regia y con carácter suntuario. El siglo XVIII consolida un rasgo típico, el casticismo, que ya aparece formado en este período con sus tipos populares de chisperos y manolos, más tarde majos y chulos, según desarrollo de tal elemento, ponderado y exagerado en exceso, cuyos exponentes en este siglo son Goya y don Ramón de la Cruz.

Esta época termina el dos de Mayo de 1809, fecha inolvidable en la historia de la Villa —y en la de la nación— en el que el heroísmo de su pueblo, derrochado sin éxito, marcó el fin de un período de la historia española y abrió una nueva etapa muy distinta de la anterior. Tal día simbólicamente imprimió a Madrid un imborrable sello de heroísmo.

Al reinado de José Bonaparte, efectivo en Madrid, durante cinco años, corresponde el derribo de varios conventos, comienzo de frustradas reformas, y

algo definitivo, la inauguración de los primeros cementerios, ya proyectados antes y que sustituyen a los entierros en las iglesias (1809).

El reinado del en exceso execrado Fernando VII —con poca objetividad quizá— dejó algo capital en la historia de Madrid: la fundación del Museo del Prado (1819), elevando nuestra Villa a la categoría de una de las grandes ciudades en el dominio del Arte. Otra iniciativa de este reinado fue la urbanización del paseo de la Castellana, comenzada en 1830, concluida después; la fundación de la Bolsa de Comercio (1831) y el primer ensayo de alumbrado por gas (1832), definitivamente implantado bajo María Cristina.

Con la muerte del «deseado» Fernando y el advenimiento a la Regencia de María Cristina de Borbón y luego bajo el reinado efectivo de Isabel II, entra Madrid en una etapa de hondas transformaciones e inicia otro de sus momentos trascendentales: ante todo la consolidación del régimen liberal —con antecedentes en 1814 y 1820-1823. Con él se consolidan el parlamentarismo, el predominio de los partidos políticos, Madrid como centro y foco de la política nacional, y su gran templo, el Congreso de los Diputados —inaugurado en 1850— teatro de la tragedia, de la comedia y también de la farsa nacional. Madrid acentúa su centralismo y su carácter de rompeolas de todas las Españas.

Con el régimen liberal se impone la Desamortización (1836), que derriba conventos, abre espacios libres, cambia la propiedad urbana y aumenta la naciente burguesía, lanzándola a la especulación, todo lo cual resultó trascendental para Madrid. Y aseguró las nuevas instituciones.

También el nuevo régimen establece aquí la Universidad (1836), trasladando la de Alcalá —tras un breve intento anterior. Ha cesado la oposición a la presencia de estudiantes y de soldados, pues desde el siglo anterior ya abundan los cuarteles.

Con el nuevo régimen Mesonero Romanos —y su brazo ejecutor el Marqués de Ponteños—, puede implantar una serie de mejoras, fruto de su amor por su Villa y de la comparación con ella de las capitales extranjeras que había visitado, desfavorable para Madrid (1835-36 y 1846-50). Reformas algunas permanentes y cortedad de perspectiva en otros planteamientos. Pero se le debe un grato recuerdo y mejoras permanentes.

Tres elementos trascendentes aparecen en esta época, el ferrocarril (1851), el canal de Isabel II con la solución del problema del agua (1858) y el plano del ensanche (1860), cambios fundamentales para asegurar la continuidad de la capitalidad y sacarla de su aislamiento. Adelantos a los que van unidos los nombres de Salamanca, Bravo Murillo y Carlos María de Castro. También ayuda a sacar la capital del aislamiento la implantación del telégrafo, óptico (1848) y a poco el eléctrico.

De este reinado data la reforma de la Puerta del Sol (1856). Asimismo los primeros alojamientos denominados hoteles en lugar de las anteriores fondas y

posadas y los primeros restaurantes, que superan a los antiguos figones y casas de comida. Se inauguró el Teatro Real (1850), foco de la ópera y escaparaté y reunión de las clases altas, de accidentada historia. Se construye el primer hipódromo en la Casa de Campo. Y surgen los primeros casinos, que sustituyen a las cofradías piadosas de antaño. Con la libertad aparecen clubs y sociedades y la más ilustre, el Ateneo, que subsiste, abierto definitivamente en 1835.

La «gloriosa» revolución de 1868 impone más derribos de iglesias y la realización de otras obras. De entonces data el viejo viaducto, hoy sucedido por otro. Y aparecen los primeros sindicatos obreros oficialmente reconocidos.

La Restauración supuso el resurgimiento religioso: Tormo señala en 1927 la existencia de 242 edificios en el ámbito de la Iglesia frente a los 146 subsistentes en 1815. Por fin Madrid logra la instalación de un obispado propio (1885), independizándose de la mitra de Toledo.

En contraste se funda la Institución Libre de Enseñanza (1876), cuyo influjo llega hasta hoy, y la fundación del P.S.O.E. (1879). La Institución organiza las primeras excursiones a la Sierra.

Se introduce el teléfono (1885), la luz eléctrica (1876), los tranvías eléctricos (1899), que sustituyen a los tirados por caballerías establecidos en 1871. También los primeros ascensores, entonces hidráulicos.

En 1894 funda Arturo Soria su proyecto urbanístico de la Ciudad Lineal, magnífica idea, luego reducida y hoy en realidad inexistente tal como la concibió su autor.

El reinado efectivo de Alfonso XIII —1902— coincide con la aparición de tres elementos nuevos y a la postre de enorme influencia: el automóvil, el cine y el fútbol. Debían de ser escasísimos los autos en circulación en esa fecha y propios para deportes y competiciones. El cine —tras una primera exhibición en 1896— era aún espectáculo raro y de barraca de feria, pero rápidamente alcanzó calor popular y tras escalar teatros céntricos consiguió excelentes salas propias de proyección al llegar a clases más altas. Los modestos orígenes del fútbol empiezan su definitiva andadura al fundarse el club Real Madrid en 1902.

Pero también surge un elemento menos popular durante muchos años y hoy fundamental: la aviación, primeramente sólo militar, cuyo cuerpo se funda en 1913, separándola de la aeronáutica utilizadora de globos. Tardíamente aparece la radio (1923), al popularizarse la anterior radiotelegrafía sólo de uso práctico, y transmitir la voz, insuperable medio de diversión, noticia y propaganda, así será también arma política.

Tres grandes obras urbanas estrena Madrid: la apertura de la construcción de la Gran Vía (1910), el Metro (1919) y el proyecto de la Ciudad Universitaria (1927). No es necesario ponderar su trascendencia y sólo recordar a sus promotores, el Conde de Peñalver, los Otamendi y el mismo Rey. También de esta época data la canalización del Manzanares, terminada en 1925. Y la

colonización de la Sierra, por medio de parcelas, chalets y residencias de fines de semana, sobre todo en los pueblos situados al lado del ferrocarril. Y preocupa el problema del extrarradio en que Madrid crece anárquicamente y sin la menor condición de salubridad, no sólo ya dentro del término —lo que ya se inicia a mediados del siglo XIX—, sino enormemente en los municipios circundantes inmediatamente desde el límite. Se hacen planes de mejora pero no se llevan a la realidad.

La constitución republicana de 1931 declara por primera vez oficialmente a Madrid capital de España. La República por iniciativa de Indalecio Prieto pone en marcha el plan Zuazo con la construcción de los Nuevos Ministerios y del túnel bajo la Castellana, para lanzar hacia el norte la expansión de la capital. Sólo se comienzan las obras. Al final de este período Madrid padece una terrible explosión revolucionaria y luego el sitio; su resistencia se convierte en un símbolo para las izquierdas del mundo entero. Madrid en aquellos tiempos ha adquirido un tono bronco y hostil.

El régimen de Franco, desde 1939, impulsa las obras comenzadas, se construye la prolongación de la Castellana y la estación de Chamartín. Proliferan los nuevos planes de expansión y reforma, desde uno imposible de «capital imperial», rectificadas y superadas sucesivamente, como el de 1961, derrotados por la especulación o necesidades urgentes y que quedan lejos de sus objetivos.

Entre 1947 y 1954 se procede a la anexión al municipio de Madrid de los inmediatos, que son en realidad ya una prolongación de sus barrios. Con ello la superficie del término se multiplica por casi diez y con ella la población, aumentada por una incontrolada inmigración desde las provincias. Ya en 1940 Madrid alcanza el millón de habitantes, entrando en el gremio entonces de las grandes metrópolis por esa cifra, hoy terriblemente superada en todo el mundo. El crecimiento de la capital arrastra el de su periferia y la transformación de los pequeños pueblos cercanos agrícolas en núcleos de población, varios de ellos con más de cien mil habitantes y otros entre 50.000 y 100.000 convertidos en ciudades-dormitorio y focos industriales, pero lejos de corresponder su estructura y servicios a los de una ciudad de esa magnitud, Madrid deja de ser un oasis urbano en medio de un territorio campesino y se asemeja más a las grandes capitales extranjeras.

Los tranvías son sustituidos por los autobuses, se inaugura el aeropuerto de Barajas —Madrid es ya un importante foco de comunicaciones— proyectado desde 1929, abierto modestamente en 1931 y concluido del todo en 1965. Y en 1956 aparece la televisión, el nuevo gran vicio.

La época de Juan Carlos ofrece la inauguración de la flamante catedral (1993), tras un siglo de lentísima construcción. Y la «movida», exagerando tendencias anteriores. En virtud de la nueva constitución, Madrid se convierte en una «comunidad autónoma» (1983), inaugurando una autonomía jamás

sentida, más propia de un Estado federal y que contrasta con el centralismo anejo a él desde Felipe V y aun de hecho desde Felipe II. Otros muchos elementos podrían aducirse e indicar el momento de su origen, pero creo que basta con los fundamentales citados, muchos permanentes, y hay que evitar juicios que el porvenir indicará si aquellos perduran o son pasajeros.